

CAPÍTULOS GRATUITOS

Hit me, Cupid

KissingBooth

A veces lo que quieres es una cita, alguien con quien estar, ya sea por una tarde o por tiempo indefinido, pero el problema es que no hay nadie disponible que sea medianamente decente. Así que, ¿qué haces? Te sientas y esperas a que él o ella aparezca. Y ahí es donde entro yo.

La mayoría de las personas ni siquiera me ve. La gran parte de los que sí notan mi presencia me conoce como la chica detrás de los libros o como la chica intelectual en la esquina de las clases. Mis profesores me conocen y adoran como Srta. Jones. Los pocos amigos que tengo me conocen como April.

Pero nadie conoce a la persona detrás de la máscara tranquila que son los libros.

El susurro sufragado a través de los pasillos por aspirantes y parejas estables. El murmullo que hace que esa persona especial se materialice si solo dejas caer tu nombre en el casillero 420, el tercero a la izquierda en el ala C. La persona sin nombre.

Conocida solamente como... *Cupido*.

Capítulo 1

April

Siempre es gratificante caminar por los pasillos de la escuela y ver a las parejas felices en todas partes: en el armario del conserje, en los pasillos, mirando fijo a los ojos del otro. No se podía escapar de ellas. Sobre todo ahora que era el comienzo del año, donde todo el mundo todavía estaba abrumado por una especie de humo de color rosa después de haber pasado un verano glorioso. Todo eso era un homenaje a mi habilidad, el talento que permitía que más de noventa parejas terminasen felices o al menos en una ruptura amistosa. Y las pocas veces que rompían era porque me pedían a alguien que no era el adecuado o la adecuada.

Sí, también tengo en cuenta las peticiones. Aunque no pasa muy a menudo; la gente no suele decirle a Cupido cómo hacer su trabajo. Las personas confían en el juicio de Cupido más que en el propio, lo cual es bueno, porque, por lo general, yo sé lo que quieren más que ellos mismos.

Y eso se nota, debido a que la gente que yo escogí es más feliz que las personas que me pidieron a alguien.

—Tú.

No le presté la menor atención a esa voz mientras me inclinaba para abrir mi casillero.

—Chica de los libros.

La voz era profunda y masculina, refinada, pero fría como el hielo. Me obligué a no responder de mala manera y continué guardando mis libros.

—¿Me estás ignorando? —Su incredulidad tenía más bien un tono de rabia, y tuve que contener la risa.

Pobre chico, frustrado por una *nerd*. Me levanté con pereza hacia él.

—Lo siento —contesté mientras me ponía de pie—. Pensé que no me estabas hablando a mí.

Mis ojos viajaron por un cuerpo bien construido y vestido con ropa de diseño. Me di cuenta de que era mucho más alto que yo antes de detenerme en sus ojos. Las palabras casi se atragantaron en mi garganta cuando vi a quién me estaba dirigiendo. Si hubiese sido una novela del siglo XIX, me habría desmayado.

—Me dirigí a ti con toda claridad —declaró Darren.

En cualquier otra persona habría marcado su observación como una réplica, pero todo el mundo sabía que él no se rebajaría a esos niveles. Las réplicas implicaban que había algo que defender y eso era imposible. Al menos para Darren McGavern, el Príncipe de Hielo, el chico más rudo de la escuela, al que nadie le plantaba cara. Cuando decía «saltad», todos los demás luchaban por la oportunidad de preguntarle cuán alto.

—No, te referiste a mí como «chica de los libros». Por lo que yo sé, ese no es mi nombre.

—Entonces es obvio que no estás bien informada —se burló—. ¿Dónde está el casillero 420?

En ese momento, mi sonrisa interna desapareció. La gente decía que era intimidante, y en todo caso, creo que eso era un eufemismo. Simplemente me negaba a bailar al ritmo de su música, o eso es lo que siempre pensé hacer en el caso imprevisto de que él un día hablase conmigo. Estaba satisfecha de haber mantenido mi juramento hasta ahora.

—¿Negocios con Cupido? —le pregunté, mirándolo con tanta inocencia como me fue posible mientras ocultaba la risa.

Esta sería una tarea divertida. ¡Darren McGavern!

—Algo así. —Fruunció el ceño. En cualquier otra persona, esa expresión me habría parecido horrible. En él, no—. Ahora, April Jones, ¿dónde está el maldito casillero?

Intimidada por fin y sin palabras, hice un gesto hacia el armario que estaba justo encima del mío. No pude ver lo que metió dentro, ya que su alto cuerpo me lo impidió, pero estaba segura de que había metido algo. Se dio la vuelta y me frunció el ceño una vez más, y luego se alejó sin siquiera un gesto de agradecimiento.

Intenté volverme loca por ello, de verdad que lo hice. Traté de enfadarme, especulando sobre las cosas que podría haber hecho para mostrar su gratitud sin comprometer su dignidad. Pero no importaba cuánto lo intentase, solo había una frase en mi mente que anulaba el enojo.

«¡Sabe quién soy!», pensé, tratando de no sonar demasiado aturdida ni siquiera para mí misma. «¡Él sabe mi nombre!».

Darren

No podía pensar con claridad. Esa chica... ¿De verdad pensaba que podía desafiarme? Ella, que apenas me llegaba a la barbilla, a la que podría partir a la mitad sin ningún esfuerzo, se enfrentó a mí. A mí, Darren McGavern, el heredero de la fortuna McGavern, millonario por derecho propio.

Fruncí el ceño mientras le daba la espalda y me alejaba, contemplando su insolencia. Se atrevió a corregirme, incluso a fastidiarme. Bueno, por supuesto, la puse en su sitio. ¡Ninguna chica podía decirme cómo hablar!

Le robé una mirada sutil y sonrió. Tiré mi cabeza hacia atrás. Ella no era nadie. No valía la pena.

Se estuvo riendo en mi cara, aunque tratase de convencerme de lo contrario. Pero esos ojos enormes estaban riendo y sonriendo.

Ahora ella era una puta peligrosa, porque me había visto poner la nota en el casillero de Cupido. Ahora, cuando Cupido la encontrase, podría rastrearla con facilidad hasta llegar a mí. Maldita sea. Maldita niña, que se vaya al infierno a donde pertenece con su ropa de tienda de segunda mano y sus joyas de diez centavos (no, no creo ni que fuese a la joyería). Tal vez, si tenía suerte, sus padres trabajaban para los míos, al igual que la mayoría en esta escuela, y quizá podrían expulsarla. Eso sería genial.

—¡Hey, D-Money!

Brock. Mi mejor amigo, la única persona a la que podía soportar en cualquier período. Es cierto que no era tan rico como yo, tan solo los Lexington lo eran. Sin embargo, era fácil de llevar, no discutía y se lo dominaba fácilmente. Solo yo podía, por supuesto. Siempre hacía lo que le decía o, al menos, casi siempre.

—Hola, Brock —respondí con indiferencia.

—Amigo, ¿hay alguna fiesta esta semana? —preguntó, trotando con alegría a mi lado.

Mis piernas podían ser más largas ya que era más alto, pero él era más atlético que yo. Claro que hacía deporte, no era un hombre débil, pero Brock tenía un don para el fútbol (era el mariscal del equipo). Sin embargo, no necesitaba el deporte. Mi buena apariencia y el dinero me daban a todas las chicas que jamás podría desear. Bueno, tal vez no todas, pero en el futuro concebible. No necesitaba de ningún Cupido mitológico para ayudarme a encontrar el amor. Diablos, ni siquiera necesitaba amor.

—...porque necesito algo de estímulo después del gran partido. —Brock aún seguía parlotando—. Es probable que ganemos, pero un plan para relajarse y emborracharse un poco siempre es necesario.

Y ese era Brock, siempre entusiasta. Demasiado entusiasta. Y hablador. Me vi obligado interrumpirlo mientras seguía divagando.

—Sábado. En casa de Lexington.

—Amigo, eso es genial. Lex celebra fiestas increíbles.

Por lo general, pero tenía razón y más de una vez lo había admitido en voz alta. Las fiestas de Lex eran casi tan buenas como las mías.

—Es solo una fiesta, Brock. Vamos a una casi todos los días —le respondí.

—Pero quizás esta vez esa nueva hermanastra de Lex se deja ver. No la he visto antes y debe estar buena.

—¿Lex tiene una hermana?

Odiaba preguntarle cosas a Brock, era estúpido, pero en este caso era casi una obligación. Conocer a chicas nuevas era siempre bueno. Ahora casi todas tenían pareja gracias a ese maldito Cupido. Una nueva chica sin ataduras podría ser una buena distracción.

—¿Vas a ir? —preguntó Brock.

Siempre preguntaba y siempre respondía lo mismo. Otro ejemplo de su idiotez imperante.

—Claro. ¿No lo hago siempre? —sonreí.

Me fijé en una chica de segundo año que pasaba a mi lado y ella retrocedió con prisa, mirándome con cara de asombro mientras se pegaba a la pared. Se ruborizó y huyó.

Mi sonrisa se convirtió en una mueca de desprecio.

Capítulo 2

April

Tan pronto como Darren se fue, abrí de nuevo mi casillero. Nunca nadie notó el agujero en el fondo del casillero 420 porque eran demasiado cobardes para abrirlo; tenían miedo porque creían que el hechizo de Cupido se desharía y las parejas se romperían.

El apocalipsis.

Tanteé a través de las notas en el fondo de mi casillero. Algunas eran de agradecimiento (siempre agradables cuando mi confianza estaba baja), otras eran peticiones, un par de sobornos y una airada carta de la perra de la escuela que «por error» junté con un completo bastardo. Solo estaba haciendo mi trabajo. Ellos eran el uno para el otro, de verdad.

En otras palabras, no había nada inusual en el casillero. Todo estaba firmado y ninguna era de Darren. Pero lo vi meter algo en el casillero. Él no me habría preguntado dónde estaba si no era para dejar algo.

Me puse de pie y miré a mi alrededor. No había nadie en el pasillo, como de costumbre. Tener un casillero en el extremo más alejado era útil en ocasiones.

Abrí la puerta del 420. Nunca me molesté en bloquearlo. Aunque la gente intentase coger algo, todas las notas las pasaba a mi casillero, y el agujero era lo bastante discreto como para que no notasen nada. El casillero 420 siempre estaba vacío.

Entonces me di cuenta de que en el agujero donde las notas caían del casillero 420 al mío había atascada una rosa escarlata con un trozo de papel pegado. Alcé la ceja con extrañeza, ¿de qué servía una rosa? Los sobornos monetarios eran más prácticos. Desdoblé el papel. Era una nota. Había tres palabras escritas.

«Quiero a Cupido».

Sin nombre, sin remitente, no había manera de saber quién lo había escrito. Pero solo había una persona. Tenía que ser Darren. Era la única opción concebible, por inconcebible que fuese. Incluso la letra coincidía con lo que sabía de él.

Pero ¿cuál era el punto de la nota? ¿Por qué haría eso? Tuve que sofocar una risa,

dándome cuenta de que quería estar conmigo. No tenía sentido. Y Darren McGavern no hacía nada sin una razón sólida detrás, todo el mundo lo sabía. Pero él me quería. No, no a mí, quería a Cupido. ¿Cómo sabía siquiera que era una chica? ¿Y cómo pensaba que Cupido iba a darse cuenta de que era él? Nunca le había escrito antes. No podría saberlo por la letra.

—¡April!

Mi debate interno se interrumpió. Cerré de golpe el casillero, me levanté y metí todo en la mochila. A toda prisa me giré para enfrentarme al chico que se acercaba.

—Hola, Allan.

Como siempre, él frunció el ceño ante su nombre de pila. Su ceño fruncido era casi la única razón por la que lo llamaba así, en lugar de su apodo. Su rostro se aclaró de inmediato; nada le molestaba por mucho tiempo.

—¿Por qué estás en el casillero de Cupido?

—No estaba —le repliqué con facilidad.

Quería a Allan hasta la muerte, pero él no era el cuchillo más afilado del cajón, lo que me servía en ocasiones como esta.

—Está bien. —Rodé los ojos y le di unas palmaditas en el hombro con afecto. Apartó mi mano—. ¿Te llevo a casa? —preguntó.

—Ya te he dicho... —le dije con condescendencia, pero él me interrumpió.

—Que no quieres que nunca te lleve. Lo sé. Pero no entiendo por qué.

Claro que no lo entendería. El problema era que Allan había sido popular desde preescolar.

—No va a ser nada bueno para tu reputación —le expliqué—. Y tampoco quiero ser popular solo por asociarme contigo. No quiero que ninguna de las dos suceda.

—¿Por qué no? ¿No quieres gustarle a la gente? —preguntó, confundido.

—Estoy bien con los amigos que tengo, y no quiero gustarle a la gente porque ya te gusto a ti —le informé—. Así que no voy a subir a tu coche.

—Bien. —Hizo un mohín.

Sonreí. Descubrí que era incapaz de enfadarme con Allan por mucho tiempo. Iba a alejarse, pero lo detuve; una idea repentina irrumpió en mi cabeza. Era una posibilidad remota, pero...

—Allan, ¿qué sabes sobre Darren McGavern y Cupido?

Darren

—Amigo, esto es imposible —se quejó Brock.

Asentí con la cabeza de manera cortante. Por una vez, estaba de acuerdo. La gente en los pasillos se movía más lento que una tortuga, como perezosos, caracoles o amebas. Estos idiotas no habían comprendido que no debían interponerse en mi camino si no querían ir al infierno de una patada.

—Moveos —mandé, no gritando, pero alzando la voz lo suficiente para ser oído a través del bullicio.

La gente se presionó contra las paredes mientras caminaba por el pasillo y Brock se

arrastró a mi lado.

—Hey. —Lex estaba caminando hacia nosotros sin dificultad; la gente se apartaba de su camino sin que él tuviese que decir nada.

En una zona especialmente concurrida, apartó a una chica de su camino y la colocó a un lado con un educado «perdona», pero en su mayor parte lo dejaban pasar. No sabía por qué, no podía ser que lo respetasen. Tal vez era el olor. Él, al igual que Brock, venía directo de la práctica de fútbol y apestaba a sudor y barro. Aprendí desde el principio de nuestra amistad a evitar ese olor. Ninguno de los dos o el resto del equipo sería nunca capaz de entender que eso no era atractivo.

Brock saludó a Lex con un golpe exuberante en el hombro. Estaba bastante sorprendido de que Lex lo soportase. Yo estaría en el piso si recibía el impacto de ese puño.

—Hey —gritó Brock—. He oído que haces una fiesta el sábado.

—Seh. Incluso convencí al anciano para que pagase —respondió igual de feliz.

—¿Tendremos posibilidades de ver a tu hermana?

Vi a Lex mirar entre la multitud como si buscase a alguien, pero antes de que pudiese rastrear su mirada, sus ojos volvieron a Brock.

—¿Cómo sabéis de mi hermanastra tan rápido? —preguntó, y estaba casi sorprendido, a pesar de todo, en un intento sutil de distracción.

—Oh, rumores. Dicen que tienes una nueva madrastra, así como quince hermanos y veinte mascotas.

Lex y yo lo miramos fijo.

—¿Qué? —Brock se encogió de hombros—. La gente en esta escuela dice de todo. Así que ¿irá tu hermana?

—Oh, bueno. —Lex había decidido que una distracción no funcionaría. Brock a veces podía ser muy testarudo—. No creo que se deje ver.

Encendí un cigarrillo con tranquilidad, ocultando mi leve conmoción. La mayoría de las chicas en esta escuela saltaban a la oportunidad de ir a una fiesta de Lex. Ellas sabían que yo iba a estar allí.

—¿Está buena? —Arrastré las palabras mientras cogía humo del cigarrillo.

Lex se volvió hacia mí y me sorprendí al ver su expresión, aunque tuve la precaución de no demostrarlo. Él era evidente. Su cara cambió a toda prisa de nuevo a su habitual sonrisa ligeramente ridícula, pero estaba seguro de que había dicho algo para hacerlo enojar, y nada provocaba a Lex. Todos sabían eso.

—¿Y? —insistió Brock.

—Amigo, esa es una pregunta capciosa —exclamó Lex, con el rostro fijado una vez más en una sonrisa—. Está bien, supongo.

—Pero tendrías que decirlo, ¿no? —dije con pereza, haciendo caso omiso de la multitud escuchando la conversación—. Dinos la verdad. ¿Lo está o no?

—¿Por qué, McGavern? —replicó—. ¿Pensando en utilizar a Cupido como el resto de mortales?

—¿Por qué necesitaría a Cupido? —me burlé—. Soy capaz de encontrar a chicas por mi cuenta para tener sexo.

Por el raballo del ojo, me di cuenta de una figura que se movía más rápido que el

resto. Todo lo que capturé fue un destello de piel pálida y una ropa oscura antes de que ella se alejase de mi vista. Esa chica, Jones. Sin hacer nada, me pregunté qué le habría pasado para correr de esa forma, pero lo descarté enseguida. No importaba, y no lo haría nunca.

Brock silbó para mostrar su incomodidad. ¿Cómo Lex podía mencionar a Cupido, si debía saber tan bien como yo que evocaba malos recuerdos en Brock? Lo maldije mentalmente. Ahora tendría que ser yo el que lidiase con él.

—Estoy seguro de que muchas chicas pueden estar de acuerdo —respondió Brock a mi comentario engrñado, como si no le molestase en absoluto. Era muy bueno en eso. Lo conocía bastante bien como para saber que estaba deprimido, pero nadie más lo haría—. Vamos, Dar. Nos vemos más tarde, Lex.

Se alejó con la cabeza alta. Esta vez, fui yo el que siguió la estela de Brock después de darle una mirada condescendiente a Lex, solo para que supiese que había hecho algo mal.

—¿Qué te carcome, tío? —preguntó mientras nos acercábamos a nuestros coches.

—¿Qué mierda quieres decir? —respondí con irritación.

Tenía la intención de preguntarle lo mismo para que pudiese expresar lo de Cupido. Él no tenía derecho a entrometerse en mis problemas.

—Eso. Gritas en el pasillo, luego te enfadas con Lex y ahora estás enfadado conmigo. ¿Qué te hizo estallar?

Brock estaba siendo perspicaz. Pero ya sabes lo que dicen, incluso un reloj parado acierta dos veces al día.

—Estoy aburrido.

No podía admitir que una chica que podía partir a la mitad se había burlado de mí en mi cara.

—No, eso no es por lo que estás de mal humor. ¿Qué es lo que pasa de verdad?

No me iba a dejar en paz, me di cuenta. Era mejor decírselo ahora que tener que soportarlo durante días hasta que lo consiguiese.

—Una chica molesta —murmuré.

Brock resopló.

—Amigo, necesitas una vida. ¿Una chica te tiene de mal humor?

Me quejé y me estiré a medida que llegábamos a mi coche.

—Voy a estar destrozado —le informé—. Así es mi vida.

Brock se rio entre dientes mientras corría a su coche.

—Amén a eso, hermano, amén.

Capítulo 3

April

Guardé silencio mientras me deslizaba por la puerta principal, mis pasos resonaron en el enorme vestíbulo. Un verano no era suficiente para acostumbrarme a esta casa. Olvida eso, esta no era una casa, era una mansión, y era impecable. No podía tirar mi mochila en cualquier sitio como hacía en mi antiguo hogar. Aquí me quitaba los zapatos

y los colocaba con cuidado en el zapatero antes de subir por las anchas escaleras y caminar por los pasillos maravillosamente caros.

—¡April! —Mi madre vino corriendo hacia mí, con su corto cabello rubio alborotado mientras corría.

—Hola, mamá, ¿qué haces aquí?

Estaba muerta. No me malinterpretes, amaba a mi madre, pero su entusiasmo me ponía nerviosa. Mucho. Ella me dio una risa rápida antes de pasar corriendo.

—Tengo que irme, cariño. Jack se ha olvidado unos papeles.

Sí, mi madre era la secretaria de su marido, y sí, han estado involucrados durante más del medio año que llevan casados, pero al menos hizo lo correcto. Jack no estaba mal para ser un hombre de negocios.

Seguí el camino por el que mi madre había salido corriendo hacia la otra ala, cubierta de alfombras suaves y una apariencia apenas más vívida, aunque todavía estaba impecable. Abrí la puerta y me derrumbé sobre la cama de mi bendita y desordenada habitación, dejando la mochila y la chaqueta en el suelo.

Como si fuese una señal, sonó mi teléfono. Contenta de tener una razón para ser perezosa, lo cogí y contesté.

—¡Hola! —Una voz alegre se oyó desde el otro lado del aparato.

—Hola, Rhi —respondí con un gruñido—. ¿No es un poco tarde por allí? —Consulté mi reloj—. Son como la una, ¿no?

—Me dieron azúcar después de las diez —chirrió.

Mala idea. Ella era hiperactiva en su estado normal, pero con un nivel alto de azúcar, era aterradora. Ni siquiera quería saber cómo sería tomando drogas.

—¿Cómo van las cosas por allí? —pregunté.

—Están bien, supongo —dijo, serena por la idea—. No es ni de lejos tan bueno como estar en casa.

—Es obvio. ¿Y cómo está el encantador Lord Culo, lo siento, Baslon?

Ella rio.

—Igual de idiota que siempre. Quiero decir, sé que me está engañando y todos en ambas familias lo saben, pero no pueden demostrarlo y no me dejan ir.

—Mira, esta es la razón por la que no me gustan las personas ricas —anuncié.

La distraje, justo como pretendía.

—Ahora eres una persona rica, April —bromeó.

—Sí, claro, como si alguna vez hubiese actuado como un McGavern.

Casi pude escuchar su interés repentino.

—¿Qué pasó con él?

Reduje la negación instintiva. Nada la pondría en camino como una réplica rápida.

—¿Qué quieres decir? —respondí casual.

—¿Por qué lo mencionas? —presionó—. ¿Por fin admites que te gusta? ¿Te preguntó si querías salir con él? ¿Te...?

—Bueno, no exactamente...

—Dime, cuenta —gimió—. ¡Vamos!

Con tal impulso, ¿cómo podría resistirme? Le conté toda la historia. Rhi era la única

que conocía la identidad de Cupido, esperaba. Ella me había ayudado antes de irse.

—¿Así que ahora ha pedido a Cupido a pesar de que no le gusta o incluso sin saber quién es por algún motivo desconocido? —aclaró Rhi.

—Así es, sí —acordé.

—Guau, estás jodida —me informó Rhi, y luego de una pausa calculada siguió hablando de manera informal—. ¿Cómo va el negocio? ¿Gente interesante?

—Él no me ha pedido a nadie —le aseguré, viendo a través de su actitud despreocupada—. Apenas ha mirado a una chica desde que te fuiste.

De acuerdo, era un poco exagerado, pero en sentido figurado, era cierto. Él no había mirado con seriedad a una chica.

—¿Todavía está triste? —preguntó en voz baja, como lo hacía cada vez—. ¿Está enfadado?

—Rhi, parece que lo abandonaste sin razón alguna. Sí, yo diría que está triste y enfadado. No es que vaya a saltar de alegría cuando aceptes mi oferta de matar a Lord Bastardo y regresar a casa.

La hizo reír, como pretendía. Lo había pasado mal al encontrar a su pareja ideal solo para perderla un tiempo después debido a obligaciones familiares de las que no quería formar parte.

—Ojalá, April. Quiero volver a casa. Quiero volver con él.

—Lo sé, Rhi. —Le ofrecí la mejor comodidad que pude—. Lo sé.

Darren

Era más de medianoche cuando entré en casa y colapsé en un sofá en el salón principal sin siquiera llegar al ala familiar.

—¿Darren? —Se oyó una voz por el pasillo.

Gruñí. Un momento más tarde, la castaña cabeza de mi hermano se asomó por la puerta.

—Oye, Dar, ¿estás bien?

—No hables tan fuerte —gemí—. ¿Por qué sigues levantado, enano?

Entró en la habitación, sus ojos se abrieron ante mi ropa y mi pelo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, pero ya lo sabía. Me había encontrado muchas veces peor que esto—. Vamos, sube arriba. Mamá y papá nos matarán si te ven aquí.

—Nuestros padres no harán nada —contradije—. Pasarán de nosotros como de costumbre.

Tan pronto como lo mencioné, deseé haberme callado. Troy se estremeció como si le hubiese dado un puñetazo. Él prefería mantener la ilusión de que nuestros padres nos querían.

—Aun así, tienes que irte a la cama o mañana no podrás ir a clase —me informó, tirándome del brazo para que me levantara.

Salí de su agarre tan pronto como estuve de pie.

—Puedo llegar por mi cuenta —repliqué—. Usted, señorito, váyase a la cama.

—Después de ayudarte —afirmó.

Maldito niño, él podía ser tan obstinado como yo.

—Estaré bien.

—No, no lo estarás.

—Tengo diecisiete años. Tienes diez años. Creo que lo sé mejor que tú.

Me balanceé sobre mis pies y casi me desplomo. Troy me agarró del brazo y me arrastró hacia arriba.

—¿Has visto que no? Vamos.

—No me has respondido, ¿por qué sigues levantado? —pregunté, quedándome en mi sitio con terquedad.

—Tenía sed —respondió encogiéndose hombros, renunciando a arrastrarme con él.

—Entonces esperaré. Ve y tómate un vaso, y luego podrás ayudarme.

Esta vez no iba a ceder.

—Bien. —Se fue a la cocina.

Suspiré y volví a sentarme en el sofá. No estaba borracho en realidad, solo agotado y algo contento, pero no tanto como para ser inmune a la mirada asustada en los ojos de mi hermano. Mi cabeza se hundió en mis manos, no podría dormir después de esto. No, Troy tenía que verme en mi peor momento. Dios, odiaba la ironía.

Volvió a entrar arrastrando los pies, medio dormido. Se sentó en la silla frente a mí, adoptando una postura extrañamente simétrica.

—¿Cómo te va todo? —pregunté, tratando de pasar el rato.

—Nada mal. —Sorbió del vaso—. Pero Alexa todavía no se dio cuenta.

—Lo hará —le aseguré.

Él me dio una sonrisa engreída, aunque soñolienta.

—¿Quién no? —Sí, ese niño era mi hermano. Su sonrisa se desvaneció—. ¡Pero han pasado dos años y todavía no se ha dado cuenta!

—Tienes la ligera desventaja de que todas las otras chicas te quieren.

—Eso no te detiene —observó.

—Niño, tienes diez años. Tienes una ligera discrepancia de edad.

Me miró, inquisitivo.

—Tengo un poco más de experiencia —expliqué.

—Pero nunca seré tan bueno como tú. —Suspiró—. Nunca me querrá.

Su voz se apagó. Cuando levanté la vista para ver si planeaba continuar, tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta y regular.

Sonreí. Trataba de actuar como alguien mayor y maduro y luego su edad lo traicionaba.

Me puse de pie y gemí, estirándome. Recogí a Troy y lo llevé arriba, todavía dormido. Con suavidad y cuidado lo metí en su cama. Revolví su cabello con una rara sonrisa cariñosa. Parecía tan inocente como solo un niño puede serlo yaciendo allí. ¡Y estaba triste por no ser como yo que todavía creía en una chica! Tenía tanto que yo no tenía, felicidad, bondad y fe. La fe en la humanidad, la fe en el amor y, sobre todo, la fe en mí.

—No —le dije—. No quieres ser como yo. Nunca seas como yo.

Capítulo 4

April

Observé distraída desde mi asiento en la esquina trasera cómo Darren entraba a clase, temprano por primera vez. Se dejó caer en la silla en la esquina trasera opuesta y se inclinó hacia atrás, cerrando los ojos y apoyando los pies en el escritorio. Volví a mi libro, haciendo caso omiso de todo de la manera más completa; él no me había notado.

Un momento después, un olor familiar se desvió hacia mí. Levanté la vista. Darren seguía siendo el único al otro lado de la habitación y estaba en la misma posición que antes, el único cambio fue el cigarrillo que sobresalía de su boca.

Logré sofocar un gemido. No podría lidiar con esto, no tan temprano por la mañana, no de él y no después de haber pasado toda la noche agonizando sobre cómo responder a su nota. Eché un vistazo a mi reloj. Faltaban unos buenos siete minutos para que comenzase la clase. ¿Por qué hoy, de todos los días, tenía que estar tan temprano? Otra mirada de soslayo me mostró que Darren no tenía intención de moverse hasta que llegase el profesor, y puede que ni siquiera entonces.

Cerré mi libro, me levanté y caminé en silencio por la habitación. Me moví para pararme frente a Darren. No abrió los ojos, pero se movió ligeramente, como si estuviese listo para salir disparado dada la provocación.

—¿Podrías, por favor, apagar eso? —pregunté.

Bien podría intentar la cortesía, por inútil que pueda ser.

Él me ignoró. Lo repetí, esta vez más fuerte. Su única respuesta fue una larga calada a su cigarrillo. Suspiré, resignada. Esto tomaría un tiempo para discutir y no creía poder aguantar tanto. Solo había una solución viable.

Extendí la mano y quité el cigarrillo de su boca. Sus ojos se abrieron de golpe y se sentó. Por desgracia, se olvidó de que tenía los pies sobre el escritorio, así que se cayó. Ignoré sus payasadas apagando el cigarrillo con calma y arrojándolo a la basura.

—¿Acabas de hacer eso? —inquirió con frialdad.

No fue la exposición de ira que alguien más hubiese usado. Se había recuperado de su malestar y ahora se elevaba sobre mí, en apariencia sereno.

—Depende. ¿Qué es «eso»? —dije, arrastrando las palabras.

Esta confrontación sería mucho más fácil si él no fuese una cabeza y media más alto que yo.

—Acabas de quitarme el cigarrillo.

Su voz era dura.

—Sí.

No tenía mucho sentido negarlo, ¿verdad? Tiré de mi cabello largo, lacio y castaño, y me encontré con sus ojos cerúleos con audacia. Parecía ofendido por mi facilidad para desafiarlo.

—¿Y puedo preguntar qué fue lo que te precipitó a tal acción?

—Redacción impresionante —observé con sequedad.

Me miró. Creo que la mayoría de la gente tenía miedo de encontrarse con esa mirada,

pero no tuve ningún problema. De acuerdo, solo tuve uno. No era suficiente para detenerme; si de verdad me iba a hacer daño, ya lo habría hecho. Sus ojos azules estaban casi blancos de ira, por mucho que intentase ocultarlo.

—¡Respóndeme! —demandó.

—Sí.

Su mirada confundida, aunque fugaz, no tenía precio.

—Me preguntaste si podías preguntar. Te digo que sí, puedes preguntarme —aclaré. Ja, toma eso.

—¿Por qué me quitaste el cigarrillo? —escupió.

Eso fue divertido, había reaccionado tan fácil.

—Te pedí dos veces que lo apagasen. Al negarte a responder, tomé tu silencio como una afirmación.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque no me gustan los cigarrillos —le expliqué en un tono maternal—. Sin mencionar que no están permitidos.

—¿Crees que me importa? —Su voz se estaba volviendo peligrosa.

—No, pero a mí sí.

En realidad eso era una mentira, no me importaba que estuviese infringiendo las reglas. Si él quería meterse en problemas, aleluya para él, pero fue una excusa conveniente para explicar cosas de las que realmente no quería hablar.

—¿Y por qué crees que me importa lo que tú piensas?

Logró pronunciar la palabra «tú» con todo el disgusto que su arrogancia podía reunir, y eso era bastante.

De acuerdo, este tipo estaba empezando a ponerme de los nervios con su actitud de «soy más poderoso que tú», en serio necesitaba superarlo. Claro, él era atractivo y guapo y en ocasiones lo notaba encantador, pero alguien tenía que llevarlo a otro nivel.

No me digné a responder a su pregunta por un momento, solo me puse de pie desafiante delante de él. Asustado, él no se alejó de mí, como yo había medio esperado que hiciese.

En ese momento, sonó la campana y pude escuchar la estampida que siempre procedía retumbando fuese del aula.

—Eso es lo que tienes que averiguar. —Sonreí y caminé de regreso a mi asiento, asegurándome el privilegio de que las mujeres teníamos la última palabra.

Pude sentir sus ojos en mí mucho después de sentarme y de guardar mi libro.

Darren

Mientras veía a la chica volver a su asiento, no pude evitar sentir que había perdido, aunque ella huyó. ¿Y a qué diablos se refería con su última frase?

Como estaba absorto por estos pensamientos, el resto de la clase vino corriendo y me forzó a regresar a mi asiento. Sin embargo, mantuve los pies en el suelo y me senté. Me gustaban las matemáticas y era decente en ellas, era por eso que estaba en la clase más avanzada. En realidad, contrariamente a la creencia popular, estaba en la mayoría

de las clases avanzadas o de honor, cuando tenía ganas de demostrar, pero siempre demostraba para las matemáticas.

El maestro arreó a los rezagados mientras el resto de la clase sacaba sus libros. Me gustaba el Sr. Kaplan, era un buen maestro y parecía que no le importaba mucho que mi padre fuese Gregory McGavern.

—¿Estamos listos? —preguntó, su señal de que la clase estaba a punto de comenzar.

Negué con la cabeza para despertarme. Por el rabillo del ojo, vi a April Jones guardar su libro.

¿Desde cuándo ella estaba en esta clase? Nunca antes la había notado, aunque por lo general ella no estaba bajo mi atención, pensaba que conocía a todos los de esta clase. Tal vez ella solo se escondió en la esquina y nunca habló, no podría ser buena en matemáticas junto con cualquier otro tema.

El Sr. Kaplan comenzó a hablar sobre la resolución de sistemas de cuatro ecuaciones. Un poco simple para precálculo, pero todavía estábamos repasando. No podía esperar hasta que terminase el mes de repaso y pudiésemos aprender algo interesante.

—Ahora, quiero que resolváis este sistema. —El Sr. Kaplan escribió cuatro ecuaciones en el pizarrón—. Cuando lo hagáis, os acercáis y lo corrijo. El primero en hacerlo bien recibirá un premio.

Sonreí con aire de suficiencia mientras inclinaba mi libreta. No me importaba el premio, no había nada valioso que pudiese ofrecer, pero más fama siempre era útil y era bueno en álgebra. Esto estaba ganado, además, era seguro de mí mismo y competitivo.

Diez minutos después, el sonido de una silla arañando el suelo me hizo mirar hacia arriba. April Jones caminó con rapidez pero sin prisas al escritorio del maestro y le ofreció su libreta para que la inspeccionase.

—Muy bien, señorita Jones —exclamó el Sr. Kaplan, entregándole una barra de Kit-Kat—. ¡Has ganado el premio!

Asombrado, miré mi papel. Tenía una variable más que resolver. ¿Cómo pudo haberme vencido? La miré con enojo, pero mordía la barra de chocolate mientras estaba absorta en su libro de nuevo. Alertada por algo (mi mirada), levantó la vista y me miró. Sus ojos se rieron de mi furia inútil y apreté los puños. Ya había contenido mi ira antes, si intentaba enfrentarme de nuevo, estaría muerta.

Sonó la campana y salí corriendo. Caminé hacia mi casillero, a pesar de que mi clase estaba justo al lado de la clase de Matemáticas y mi casillero estaba en la mitad de la escuela. Hoy no tenía ganas de hablar inglés. Necesitaba ir a algún lado, a cualquier parte.

Cuando doblé la esquina del ala A, donde estaba mi casillero, fui recibido por un abatido Brock caminando hacia mí. Levantó la mano a modo de saludo, pero su bienvenida por lo general ruidosa no estaba a la vista.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté sin rodeos cuando estaba a una distancia de escucha decente.

—Jess rompió conmigo.

—Pero pensé que dijiste que no te gustaba —aclaré.

—Y no me gusta. Pero me dejó ella. Amigo. Eso nunca sucedió antes desde el año pasado. Se supone que soy el único que puede romper. Ahora no puedo tener novia por más de una semana.

—En realidad no quieres —le expliqué mientras me volteaba para poder caminar con Brock a su clase, enterrando mi propia furia.

Necesitaba terapia, rápido.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó—. Si la tuviese, ¿estaría tan deprimido?

—Estás tratando de reemplazarla.

Eso lo detuvo en seco. Di unos pasos más antes de volver a mirarlo.

—No estoy tratando de encontrar otra Rhianna —dijo rotundamente—. Eso es imposible —añadió en un murmullo para sí mismo.

—La querías, entonces quieres encontrar otro amor —respondí sin rodeos, apresurándolo.

No podía permitirse una detención más, esta semana su entrenador estaba de mal humor.

—¡No necesito amor! —replicó enojado.

—Bien. Sigue diciéndote eso. Así que ni Jess ni Rhianna importan. Ve a clase.

Lo metí en su clase y se tambaleó hasta su asiento, un poco menos abatido que antes.

Caminé de regreso a mi casillero y el mal humor regresó con toda su fuerza. ¿Brock estaba enojado porque su amor se había ido? Debería estar jodidamente agradecido a Dios de haber tenido amor.

Abrí la puerta de mi casillero y arrojé los libros en él. Ya me estaba alejando cuando una voz vacilante me detuvo.

—¿Perdón? —Un chico me miró con evidente terror.

—¿Qué? —espeté.

—S-s-se te cayó algo —tartamudeó.

Miré hacia atrás. Un destello rojo estaba en el suelo frente a mi casillero. Asentí con brusquedad al chico y se escabulló mientras me acercaba al casillero una vez más.

A pesar de mi horrible estado de ánimo, sonreí. Todo estaba yendo tal y como lo había planeado; había logrado obtener la atención de Cupido. La primera parte y la más fácil estaba hecha.

«Tendrás que hacerlo mejor que una flor, McGavern».